

JUAN ANTONIO
SÁNCHEZ HERRERA

FRÍO EN AGOSTO

UN RELATO DE TERROR Y KIZOMBA

Frío en agosto

Un relato de terror y kizomba

JUAN ANTONIO SÁNCHEZ HERRERA

Frío en agosto es un regalo. Puedes leerlo, guardarlo y pasárselo a quien quieras, siempre que sea gratis y sin cambiar nada.

Es una historia inventada. Las playas, las calles y la noche de la Cremà de Alicante son de verdad; las personas que bailan en ellas, no.

© 2026 Juan Antonio Sánchez Herrera. Todos los derechos reservados.

universojuanito.com

*Para quien alguna vez abrazó sin preguntar.
Y para quien nunca se atrevió a decir que no.*

Índice

1. La noche de la Cremà	6
2. Treinta y cinco con uno	16
3. Los del abrigo	26
4. La cabina	37
5. Ramón	47
6. Ella no pregunta.....	61
7. Lo que sabe Leire	71
8. ¿Puedo?	81
9. La última clase.....	93
10. Treinta y seis con seis.....	108
Sobre el autor	118

1

La noche de la Cremà

A las doce en punto de la noche del veinticuatro de junio, Alicante prende fuego a sí misma.

Lo hace todos los años. Doscientas hogueras de cartón piedra y madera, algunas de veinte metros, repartidas por los barrios, arden a la vez cuando desde el monte Benacantil sale la palmera de fuego. La ciudad entera huele a pólvora y a pintura quemada. Los bomberos riegan a la gente con mangueras para que no se ase, la gente grita, se abraza, llora un poco por los monumentos que ha visto crecer durante meses y que ahora se caen convertidos en chispas.

Yo llevaba cuarenta y cuatro años viéndolo. Nunca me había quemado nada.

Esa noche me quemé de frío.

Me llamo Néstor Alcaraz. Soy profesor de Física y Química en un instituto de San Blas, tengo un divorcio amistoso, una hija de diecisiete años que me corrige la ortografía de los WhatsApp y una costumbre que empecé hace dos años, cuando el psicólogo me dijo que tenía que hacer algo con el cuerpo además de corregir exámenes.

Bailo kizomba.

No bien. Lo justo. Lo suficiente para que en los sociales de los jueves, en el chiringuito El Varadero de la playa de San Juan, las chicas no se vayan a la barra con cara de haber cumplido una obra de caridad. Me sé los pasos básicos, la salida, la caminata, un par de giros, una cosa que se llama *saída* y que yo hago a mi manera, que es una manera bastante triste. Lo que sí sé hacer es abrazar. Chelo, que tiene sesenta y dos años y baila mejor que todos los profesores de la provincia juntos, me lo dijo la primera noche:

—Tú bailas como un armario, cariño. Pero abrazas como una estufa.

En la kizomba eso es casi todo. Se baila pegado. Pecho con pecho, mejilla a veces con mejilla, la mano derecha en la espalda de la otra persona, a la altura del omóplato, la izquierda sosteniendo su mano a la altura del hombro. Se camina despacio. Se escucha la música con el cuerpo del otro. Es un baile en el que dos desconocidos se prestan durante cuatro minutos lo único que no se puede fingir: el calor.

Eso decía yo. Eso creía yo.

*

La noche de la Cremà, el grupo de WhatsApp *Kizomba Alicante* 🔥 había convocado un social improvisado en la playa del Postiguat, a los pies del castillo, para después de la quema. Altavoz con batería, una mesa plegable con botellas de agua y dos bolsas de hielo, y la arena todavía caliente del día. A la una y media de la madrugada éramos treinta o

cuarenta, con la ropa mojada por la *banyà* de los bomberos y la piel oliendo a humo.

Bailé con Chelo. Bailé con una chica de Elche que se reía cada vez que yo me equivocaba. Bailé con una alemana que no habló en toda la canción y que al terminar me dio las gracias con una reverencia, como si yo fuera alguien.

Y a las tres menos diez la vi.

Estaba en la orilla. Sola. Donde la luz de las farolas del paseo ya no llegaba y solo quedaba el reflejo naranja de las brasas de alguna hoguera lejana sobre el agua. Llevaba un vestido largo, de un color que no supe decir, entre gris y azul, de una tela fina que la brisa le pegaba a las piernas. Pelo oscuro, suelto, muy largo. Descalza. Los pies dentro del agua.

Y tenía los brazos abiertos.

No como quien saluda. No como quien espera a alguien que viene corriendo. Abiertos en la posición exacta del abrazo de kizomba: el brazo izquierdo un poco más alto, la mano preparada para recibir otra mano; el derecho

curvado, esperando una espalda. Inmóvil. Mirando hacia el grupo. Mirándome a mí, o eso me pareció.

La música seguía. Una kizomba lenta, de las de Angola, de las que tienen un bajo que se te mete en el estómago.

Miré alrededor. Nadie más la miraba. Chelo estaba sentada en la arena quitándose las sandalias. La de Elche buscaba agua. Los demás bailaban con los ojos cerrados.

Volví a mirar. Seguía allí. Con los brazos abiertos.

No me preguntó nada. Ni con la boca ni con la cara. No sonrió, no inclinó la cabeza, no hizo ese gesto pequeño que hacemos todos en los sociales cuando queremos decir *¿bailamos?* sin decirlo. Simplemente estaba abierta. Como una puerta.

Y yo entré.

*

No recuerdo haber caminado hasta la orilla. Recuerdo el agua fría en los tobillos, que me

sorprendió, porque el Mediterráneo en junio, en Alicante, está a veinticuatro grados y nunca está frío. Y recuerdo su mano izquierda cerrándose sobre la mía.

Luego su brazo derecho en mi espalda.

Luego el abrazo.

No sé cómo escribir lo que vino después sin que suene a cosa de adolescente o a cosa de loco. Lo voy a intentar con lo que sé, que es Física.

El calor siempre va de lo caliente a lo frío. Siempre. Es la segunda ley de la termodinámica y no tiene excepciones. Cuando abrazas a alguien, tu calor y el suyo se buscan hasta encontrarse en un punto intermedio. Eso es un abrazo, físicamente: dos temperaturas poniéndose de acuerdo.

Ella no se puso de acuerdo conmigo.

Ella me dio calor. Un calor que yo no sabía que existía. Que no venía de su piel, que estaba fresca como la de quien acaba de salir del agua, sino de otro sitio. De dentro de mí, como si el abrazo hubiera encontrado una

habitación cerrada en mi pecho y hubiera encendido la luz. Empezó en el sitio donde tenía su mano, entre los omóplatos, y se extendió hacia delante, por las costillas, hacia el esternón, hasta el cuello, hasta la cara.

Me llevó. Despacio. Dentro del agua, que nos llegaba a los tobillos, en la oscuridad. Caminamos hacia un lado, hacia el otro, giramos sobre nosotros mismos, y yo, que bailo como un armario, no me equivoqué ni una vez. No porque bailara bien. Porque no había nada que hacer bien. Solo había que estar.

Olía a sal. A algo dulce debajo, como a flor de azahar.

Tenía la mejilla apoyada en mi sien. Respiraba muy despacio. No noté su aliento.

No sé cuánto duró la canción. Sé que, cuando terminó, yo estaba llorando. No de pena. Lloraba como lloras cuando alguien te abraza en un entierro y te das cuenta de que llevabas meses aguantándote las ganas.

Ella me soltó.

No del todo. Primero la mano. Luego, muy despacio, el brazo de la espalda, deslizándolo hacia fuera, como se saca la mano de un cajón sin hacer ruido. Dio un paso atrás, dentro del agua.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté. Tenía la voz rota.

Me miró. Tenía los ojos muy claros. Grises. Del color del vestido.

—Dalia —dijo.

Y se volvió y caminó por la orilla, alejándose, con los pies dentro del agua, hacia la oscuridad de la escollera, sin prisa.

No me preguntó cómo me llamaba yo.

*

Volví al grupo. Chelo me miró desde la arena.

—¿Con quién bailabas ahí?

—Con una chica. Dalia. ¿La conoces?

—Yo no he visto a nadie, cariño. Te he visto meterte en el agua solo y quedarte ahí un rato con los brazos así. —Puso los brazos en posición, abrazada al aire—. Pensaba que es-

tabas practicando. O que te había sentado mal la cerveza.

Me reí. Pensé que me tomaba el pelo. Chelo tiene un sentido del humor que hay que conocer.

—Oye —dijo, y me cogió la mano para levantarse de la arena.

Y la soltó enseguida.

—Hostia, Néstor. Tienes la mano helada.

*

Volví a casa andando por la Explanada, a las cuatro de la madrugada, entre gente que seguía de fiesta, entre cenizas de hogueras que todavía humeaban en las esquinas, con un calor de veintiocho grados y una humedad que te pegaba la camiseta al cuerpo.

Y temblaba.

Lo achiqué a la ropa mojada. A la brisa. Al cansancio. A la emoción.

En casa me di una ducha de agua muy caliente. Tan caliente que se me puso la piel roja. Seguía temblando. Me puse un pijama

largo, el de invierno, que tenía guardado en el altillo del armario. Me metí en la cama con la manta del sofá por encima. En junio. En Alicante.

Antes de apagar la luz cogí el termómetro de infrarrojos que usamos en el laboratorio del instituto y que me había traído a casa para medir la temperatura del acuario de mi hija. Me apunté a la frente.

35,1 °C

Lo miré un rato. Lo volví a apuntar.

35,1 °C

Treinta y cinco con uno es una temperatura baja. No peligrosa. Una temperatura de alguien que ha estado demasiado rato en el agua. Me lo dije así, con esas palabras, como se lo diría a un alumno.

Cerré los ojos. Y lo único que conseguía calentarme un poco, debajo de la manta, era acordarme de una cosa.

De su mano en mi espalda.

2

Treinta y cinco con uno

El frío no se fue.

Al día siguiente, a las once de la mañana, con el sol entrando por la ventana del salón y el termómetro de la cocina marcando treinta y un grados, me tomé un café con leche hirviendo y me quemé la lengua sin notar el calor en la garganta. Bajó como agua del grifo.

35,0 °C

Me puse una sudadera. Salí a la terraza y me senté al sol, como un lagarto, una hora entera. Sudaba. Me caían gotas por la frente, por la espalda, por debajo de los brazos. Y por dentro seguía temblando. Era una sensación que no había tenido nunca: tener calor en la piel y frío en los huesos, como si fuera un vaso de agua con hielo dejado al sol, mojado por fuera y helado por dentro.

Llamé a mi médica de cabecera. Me dio cita para el lunes. Me dijo que bebiera líquidos y que, si me subía la fiebre, fuera a urgencias.

—No me sube —le dije—. Me baja.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono.

—Pues abríguese —dijo.

*

El lunes la médica me midió la temperatura con su propio termómetro, uno de los de oído. Treinta y cinco con dos. Me auscultó, me miró la garganta, me pidió una analítica completa, de tiroides incluida, porque el hipotiroidismo da frío. Me preguntó si comía bien, si dormía bien, si estaba pasando por algún momento de estrés.

—Me divorcié hace tres años —dije.

—¿Y eso le preocupa?

—No. Nos llevamos mejor ahora que antes.

—¿Entonces?

No le conté lo de la playa. No sé por qué. Supongo que porque, dicho en voz alta en una consulta del centro de salud de San Blas, con un calendario de una farmacia en la pared y una fila de pacientes esperando fuera, sonaba exactamente a lo que era: un hombre de cuarenta y cuatro años diciendo que había bailado con una desconocida en la oscuridad y que desde entonces tenía frío.

—Será un virus —dijo la médica—. Hay mucho virus raro este verano.

*

La analítica salió perfecta. Tiroides perfecto. Hierro perfecto. Glucosa, colesterol, vitaminas, todo dentro de los márgenes. Un hombre sano. Un hombre sano con treinta y cinco grados de temperatura corporal en pleno julio.

Empecé a apuntarlo. Soy profesor de Física: cuando algo no se entiende, se mide. Me hice una tabla en el móvil. Tres mediciones al

día, mañana, tarde y noche, con el termómetro del laboratorio.

25 jun · 35,1 · 35,0 · 35,1

26 jun · 35,0 · 35,1 · 34,9

27 jun · 34,9 · 35,0 · 34,9

Bajaba. Muy despacio. Una décima cada dos o tres días. Como baja el nivel de una piscina cuando tiene una grieta pequeña que nadie encuentra.

Hice pruebas. Me di baños de agua caliente. Me tomé un caldo. Me tomé dos copas de coñac, una noche, sentado en la terraza, mirando las luces de los barcos en el puerto. El coñac me calentó la cara. Nada más.

Me abracé a mi hija.

Vino a pasar el fin de semana conmigo, como cada quince días, con la mochila llena de ropa sucia y el móvil pegado a la mano. Le di un abrazo al abrir la puerta. Un abrazo normal, de padre. Lo había hecho mil veces.

Ella se apartó con un respingo.

—Papá, ¿qué haces? —Se frotó los brazos —. Estás congelado. ¿Has estado en la cámara del Mercadona o qué?

—Tengo algo de frío estos días.

—¿Frío? —Miró la ventana, el sol, el termómetro de la pared—. Estamos a treinta y dos grados.

Le hice una tortilla de patatas. Vimos una película. Ella se sentó en la otra punta del sofá, con las piernas encogidas. A las once se fue a su cuarto y me mandó un WhatsApp desde allí:

Papá en serio. Ve al médico.

Ya he ido, le contesté. Estoy bien.

Pues no lo parece. Y un emoji de un muñeco de nieve.

*

Lo peor no era el frío. Me acostumbré al frío más rápido de lo que esperaba. Me acostumbré a llevar sudadera en el instituto, en las guardias de julio, mientras los demás profesores se abanicaban con los exámenes de re-

cuperación. A dormir con el pijama de invierno. A beber las cosas muy calientes aunque no notara que lo estaban.

Lo peor era que ningún calor me llegaba dentro. El sol, el agua, las mantas, la comida, los abrazos: todo se quedaba en la superficie. Como si entre mi piel y yo se hubiera puesto un cristal.

Solo había una cosa que me calentaba.

Cerrar los ojos y acordarme.

De la playa. Del agua en los tobillos. De su mano izquierda cerrándose sobre la mía. Del brazo en la espalda. De la mejilla en mi sien. Cuando me acordaba, durante unos segundos, notaba otra vez la habitación de mi pecho encendida. Una brasa pequeña. Lo justo para dejar de tiritar.

Así que me acordaba mucho.

Me acordaba en la ducha. En el coche, en los semáforos de la avenida de Denia. En el aula, mientras mis alumnos de recuperación resolvían problemas de movimiento rectilíneo uniforme. Me acordaba en la cama hasta

dormirme. Y cuando me despertaba de madrugada, tiritando, me acordaba otra vez.

No me di cuenta de que eso tenía un nombre hasta mucho después.

Se llama mono.

*

El jueves tres de julio volví a El Varadero.

No había ido desde la Cremà. Me daba miedo, y no sabía de qué. Pero Chelo me había escrito cuatro veces, la última con un audio de dos minutos que empezaba con *Néstor, cariño, si te has muerto avísame, que tengo que saber a quién le dejo las sandalias de baile*. Y fui.

El Varadero es un chiringuito de madera al final de la playa de San Juan, con una tarima de tablones encima de la arena, guirnaldas de bombillas, una barra con taburetes altos y unos altavoces que el dueño, Sebas, cuida más que a sus hijos. Los jueves de verano, de once a tres, se llena de bailarines de kizomba y de bachata, de turistas que se que-

dan mirando y de algún grupo de despedida de soltera que acaba bailando reguetón en la arena cuando la DJ se descuida.

La DJ se llama Leire.

La conocía de vista. Todo el mundo la conocía de vista. Cuarenta y pico años, pelo corto, gris de forma prematura y teñido de un azul muy oscuro en las puntas. Gafas de pasta. Camisetas de grupos que nadie más conocía. Pinchaba en una cabina de madera a la izquierda de la tarima, con los cascos en una sola oreja, y no bailaba nunca. Nunca. En dos años, yo no la había visto bailar ni una canción, ni con nadie. Si alguien se acercaba a la cabina a sacarla, levantaba una mano sin mirarlo, como quien para un taxi que no quiere.

Esa noche, cuando subí a la tarima con mi sudadera gris y la capucha puesta, me miró por encima de las gafas.

Y no me miró como se mira a un hombre raro que lleva sudadera en julio.

Me miró como se mira a alguien que se esperaba.

Chelo me abrazó. Se apartó. Me volvió a abrazar, más fuerte, frotándome la espalda con las dos manos como se frota a un niño que sale del agua en invierno.

—Estás frío, Néstor —dijo, muy bajito, sin bromas—. Estás muy frío.

—Ya lo sé.

—¿Has ido al médico?

—Dicen que estoy bien.

Chelo me miró a la cara mucho rato. Luego miró detrás de mí. Hacia la arena. Hacia la orilla.

—Hay más —dijo.

—¿Más qué?

Señaló con la barbilla, sin disimulo, como señala la gente de su edad, que ya no tiene paciencia para disimular.

Me volví.

Junto a la barra, sentados en los taburetes altos, en fila, había tres personas que no bailaban.

Un hombre mayor, de setenta y tantos años, con camisa de manga larga abotonada hasta el cuello. Una chica joven, de unos veinticinco, con el pelo recogido en un moño y una chaqueta vaquera abrochada. Y un hombre de mi edad, calvo, con barba, que llevaba un forro polar azul marino con el logo de una empresa de reformas.

En la noche de julio. En la playa de San Juan. A veintisiete grados y con una humedad del ochenta por ciento.

Los tres tenían un vaso delante. Los tres miraban hacia el mar. Hacia la orilla oscura, más allá de las guirnaldas de bombillas.

Los tres tenían los brazos cruzados sobre el pecho, las manos metidas en las axilas.

Temblaban.

3

Los del abrigo

Me senté al lado del hombre mayor. No sabía qué decirle, así que le dije la verdad.

—Yo también tengo frío.

Se volvió despacio. Tenía los ojos muy azules, aguados, y la piel de la cara de un color que no era el suyo. Un moreno de toda la vida, de hombre de mar, apagado por debajo, como si alguien hubiera bajado la luz.

—Ya lo veo —dijo, señalando mi sudadera con la barbilla—. ¿Desde cuándo?

—Desde la Cremà.

Asintió.

—Yo desde la noche de San Juan. La de la playa, la de las hogueras en la arena. —Se frotó las manos—. La víspera de usted.

Se llamaba Ramón. Setenta y seis años, viudo desde hacía cuatro, pescador de bajura

jubilado en Tabarca y después en el puerto de Alicante. Había empezado a bailar kizomba hacía un año porque su hija, que vivía en Bélgica, le había dicho que tenía que salir de casa, que se le iba a caer encima. Bailaba con todas, despacio, con mucho cuidado, como quien lleva una bandeja con copas. Lo conocía de vista. Nunca habíamos hablado.

—Estaba en la orilla —dijo—. Con los brazos así. —Hizo el gesto, pequeño, con las manos todavía a medio cerrar por el frío—. Y yo fui.

—¿Le preguntó si quería bailar?

Ramón lo pensó.

—No —dijo, y le cambió la cara, como si se diera cuenta en ese momento—. No me preguntó nada. Estaba abierta. Y yo entré.

La chica del moño, sin volverse, dijo:

—Como una puerta.

*

Se llamaba Cris. Veinticinco años, higienista dental en una clínica de la calle Pintor Apari-

cio. A ella le había pasado la noche del veintiocho de junio, después de un social en la terraza de un hotel del Cabo de las Huertas. Había bajado sola a la cala a mojarse los pies antes de coger el coche. Y allí estaba.

—Nunca me habían abrazado así —dijo Cris. No me miraba. Miraba el mar—. Nunca. Ni mi madre. Ni mi novio, el que tenía en la carrera, que me quería mucho. Ni nadie. Fue como... —Se calló. Se apretó más la chaqueta—. Da igual. Tú ya sabes cómo fue.

Lo sabía.

El de la barba y el forro polar se llamaba Damián. Tenía una empresa de reformas en San Vicente del Raspeig. Cuarenta y siete años. Casado, dos hijos. Le había pasado el uno de julio, en el Postiguet, después de un social de bachata, a las tres de la madrugada.

—Mi mujer no me deja dormir en la cama —dijo. Se rio, sin ganas—. Dice que es como dormir con un muerto. Que la despierto cuando la rozo con los pies. Duermo en el sofá con dos mantas y la estufa de butano, que la tenía en el trastero desde enero. —Se

miró las manos—. Mi hijo pequeño me tiene miedo. Tiene seis años. Ayer le fui a dar un beso y se echó a llorar.

Nadie dijo nada durante un rato. En la tarima, Chelo bailaba con un chico de Murcia. Leire, en su cabina, había puesto una kizomba de Cabo Verde, alegre, de guitarras rápidas, que no le pegaba nada a lo que sentíamos los cuatro sentados en aquellos taburetes.

—¿Cuánto tenéis? —pregunté.

No hizo falta explicar qué. Los tres sabían.

—Treinta y cuatro con cinco —dijo Ramón.

—Treinta y cuatro con ocho —dijo Cris.

—Treinta y cuatro con seis —dijo Damián—. Esta tarde.

Yo estaba en treinta y cuatro con nueve.

*

—¿Y la habéis vuelto a ver? —pregunté.

Se miraron entre ellos. Fue Cris la que sacó el móvil. Lo desbloqueó, buscó algo, me lo pasó.

Era una captura de un mensaje. Un WhatsApp que le había llegado a Cris desde un número que no tenía guardado, con prefijo de Portugal. Sin foto de perfil. El mensaje decía:

Intensivo de verano. El abrazo. Martes, 1:00. Escollera del Postiguet. No hace falta pareja. No hace falta saber. Trae solo el cuerpo.

—Nos llegó a los tres —dijo Damián—. A los tres el mismo día. Al día siguiente de bailar con ella.

—Y ¿fuisteis?

Silencio otra vez.

Ramón se miró las manos. Cris guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y subió la cremallera. Damián dio un trago a su vaso, que era de leche caliente, me di cuenta entonces. Pedía leche caliente en un chiringuito de playa en julio.

—El martes pasado —dijo Ramón por fin—. Y el anterior.

—¿Y?

Ramón levantó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Y te calienta —dijo—. Un rato. Mientras dura la canción, vuelves a ser tú. Notas el corazón. Notas la sangre en las manos. Notas el calor en la cara, como cuando eras joven y salías de la mar y te tumbabas en las rocas de Tabarca al sol. —Se le quebró la voz—. Y luego te suelta.

—Y luego tienes más frío que antes —dijo Cris.

—Bastante más —dijo Damián.

*

Volví a mirar hacia la cabina de Leire. Ella me estaba mirando. Llevaba un rato haciéndolo, creo. Con los cascos en una oreja y una mano en el ordenador. No apartó la vista cuando la pillé. La sostuvo.

Luego miró a los tres de la barra. Uno por uno. Y luego, durante un segundo, miró hacia la orilla.

Y apretó la boca.

*

El martes ocho de julio, a la una menos diez de la madrugada, aparqué el coche en la avenida de Juan Bautista Lafora, delante del Postiguet, y bajé a la playa.

Me había prometido a mí mismo que no iría. Me lo había prometido el jueves, en el coche, volviendo de El Varadero. Me lo había prometido el viernes, cuando el termómetro marcó treinta y cuatro con ocho. El sábado. El domingo. El lunes, delante de mi hija, que me miraba con miedo por encima de su tazón de cereales. Me lo prometí también el martes por la noche, a las doce y media, mientras me ponía unas bermudas y una camiseta de manga corta, sin sudadera, sin calcetines, sin nada que me abrigara.

Porque no hacía falta.

Iba a dejar de tener frío.

La escollera del Postiguet es una lengua de rocas grandes que se mete en el mar al final de la playa, a la izquierda, debajo del castillo. De noche no hay luz. Solo la que llega de las farolas del paseo, muy amortiguada, y la del faro del puerto, que pasa cada pocos segundos por encima del agua como una mano que acaricia.

Había gente.

Ocho, diez personas, quizá doce, sentadas en las rocas o de pie en la arena, cerca de la orilla. No se hablaban. Ramón estaba. Cris estaba, con la chaqueta vaquera. Damián, con el forro polar. Había una mujer de unos cincuenta años con un chal de lana sobre los hombros. Un chico joven, extranjero, rubio, con una manta de avión por encima. Una pareja de unos treinta, cogidos de la mano, que temblaban a la vez, al mismo ritmo, como si estuvieran conectados por un cable.

Nadie llevaba música. No había altavoz.

A la una en punto, la música empezó igual.

No sé de dónde salía. Del mar, me pareció. De debajo del agua, como si alguien hubiera dejado una radio encendida en el fondo, entre las algas. Una kizomba lentísima, de las antiguas, de las que se grababan en Luanda en los ochenta, con un teclado que sonaba como un órgano de iglesia y una voz de hombre cantando en portugués algo que yo no entendía y que entendí entero.

Y ella estaba en la orilla.

Con el vestido gris azulado. Descalza. El pelo suelto. Los pies dentro del agua.

Los brazos abiertos.

Nadie corrió. Eso es lo que más me impresionó, después, cuando lo recordaba. Nadie corrió ni empujó ni se puso delante de otro. Se formó una fila. Sin hablarlo. Una fila de gente temblando, en la arena, esperando su turno, como en la cola de un comedor social.

Ella bailaba con uno. Una canción. Lo soltaba. El siguiente entraba.

Y cada uno que salía de su abrazo volvía a la arena con la cara encendida, sonrosada, los ojos brillantes, la espalda derecha, riéndose. Ramón salió y se tiró en la arena boca arriba, con los brazos en cruz, riéndose como un niño. La pareja de los treinta entró junta, y ella los abrazó a los dos a la vez, uno con cada brazo, y salieron besándose.

Y a los cinco minutos, diez como mucho, todos volvían a temblar.

Más que antes.

Me puse a la cola.

*

Cuando me tocó, ella me miró a los ojos. Los suyos, grises, no tenían nada. Ni alegría ni pena ni deseo. Nada. Como el mar de noche.

No me preguntó.

Abrió los brazos.

Entré.

Y la habitación de mi pecho se encendió otra vez. Toda. De golpe. Con una luz tan grande, tan caliente, tan buena, que se me

doblaron las rodillas y ella me sostuvo y me llevó, despacio, dentro del agua, hacia un lado, hacia el otro, y yo apoyé la cara en su hombro y pensé, con toda la claridad que me quedaba, *esto es lo único que quiero, esto es lo único que voy a querer ya en la vida.*

La canción se acabó.

Ella me soltó. Primero la mano. Luego el brazo, despacio, deslizándolo hacia fuera de mi espalda como se saca la mano de un cajón sin hacer ruido.

Salí del agua riéndome.

En el coche, veinte minutos después, con el motor encendido y la calefacción a tope, me apunté el termómetro a la frente.

34,6 °C

Tres décimas. En una canción.

Apoyé la frente en el volante y me quedé así hasta que se hizo de día.

4

La cabina

El jueves siguiente, a las tres y diez de la madrugada, cuando Sebas ya estaba apilando las sillas y la gente se despedía en la arena con besos y abrazos que yo no podía dar, Leire se quitó los cascos, cerró el portátil y me hizo una seña desde la cabina.

Una seña pequeña. Con dos dedos. *Ven.*
Fui.

La cabina de El Varadero es un cajón de madera pintado de blanco, con un mostrador a la altura del pecho, un taburete, una regleta llena de enchufes y una caja de plástico con cables enredados. Olía a madera húmeda y a chicle de menta. Leire estaba sentada en el taburete. Yo me quedé de pie, al otro lado del mostrador, con las manos en los bolsillos de la sudadera.

—¿Cuánto tienes? —preguntó. Sin saludar.

La miré.

—¿Cómo sabes...?

—Porque llevas sudadera en julio, Néstor. Porque llevas cinco semanas sin bailar con nadie. Porque la última vez que Chelo te dio un abrazo puso la cara que se pone cuando abres el congelador y te da el vaho. —Se cruzó de brazos—. Y porque no eres el único. ¿Cuánto tienes?

—Treinta y cuatro con cuatro. Esta tarde.

No pestañeó. Abrió una mochila que tenía a los pies y sacó una libreta. Una libreta normal, de espiral, de tapas rojas, de las de la papelería de la esquina. La abrió por una página y la giró hacia mí.

Era una lista. Escrita a bolígrafo, con una letra pequeña y apretada, en columnas. Nombre o descripción, fecha, sitio.

*Ramón (pescador, Tabarca) — 23 jun —
San Juan, hogueras Néstor (profe, sudadera
gris) — 24 jun — Postiguet, Cremà Chica*

*moño, Cris — 28 jun — Cabo Huertas, cala
Damián (reformas) — 1 jul — Postiguet Mu-
jer chal, ¿Puri? — 2 jul — Postiguet Pareja
francesa (Lucas y ¿?) — 3 jul — Muchavista*

Seguía. Catorce líneas. La última era de
hacía dos días.

—Desde San Juan —dijo Leire—. Catorce.
Que yo sepa. Gente que de repente se pone
ropa de invierno, deja de bailar, se sienta en
la barra a mirar el mar y se pide leche calien-
te. Sebas cree que es una moda. Que es algo
de TikTok. —Resopló—. Sebas cree que la
Tierra tiene seis mil años, así que tampoco le
hagas mucho caso.

—¿Por qué lo apuntas?

Leire tardó en contestar. Se quitó las gafas.
Las limpió con el borde de la camiseta, una
de un grupo vasco de los noventa que se lla-
maba Dut. Se las volvió a poner.

—Porque te vi —dijo.

*

Sacó el móvil. Buscó un vídeo. Me lo puso delante.

Estaba grabado desde el paseo del Postiguet, desde arriba, desde la barandilla. Con mucho zoom, mucho grano, mucha oscuridad. La fecha en la esquina: 25 de junio, 2:51. Se veía la playa, el grupo del social improvisado con su altavoz y su mesa plegable, gente bailando. Y a la derecha, en la orilla, apartado, donde ya no llegaba la luz, un hombre.

Yo.

Metido en el agua hasta los tobillos. Con los brazos en posición de baile. El izquierdo un poco más alto, la mano cerrada sobre el aire. El derecho curvado, rodeando el aire. Bailando kizomba. Despacio. Hacia un lado. Hacia el otro. Girando sobre mí mismo.

Solo.

Completamente solo.

—No —dije.

—Sí.

—Había alguien. Estaba ella. Dalia. Se llama Dalia. Estaba ahí, la tenía abrazada, la estaba tocando, olía a...

—Néstor. —Leire puso un dedo sobre la pantalla y detuvo el vídeo—. Te estuve mirando cuatro minutos. Bajé a la arena para ver si estabas bien. Cuando llegué, ya estabas volviendo al grupo. No había nadie en la orilla. Nadie. Ni en el agua ni en la escollera ni en el paseo.

Me apoyé en el mostrador. Me temblaban las piernas.

—Chelo me dijo lo mismo —dije—. Que me vio solo.

—Chelo tiene buena vista. Mejor que la mía.

—¿Y por qué estabas tú en el paseo a las tres de la mañana?

—Porque no me gusta la Cremà. —Leire se encogió de hombros—. Mucho fuego, mucha gente, mucho abrazo. Me voy a ver el mar cuando empiezan a quemar. Es lo único

que se puede ver tranquila en Alicante esa noche.

Volvió a poner el vídeo. Lo adelantó hasta el final. Hasta el momento en que yo bajaba los brazos, me quedaba un segundo quieto y salía del agua.

—Mira esto —dijo. Amplió la imagen con dos dedos. Se pixeló todo. Pero se veía.

En la arena mojada, en el sitio exacto donde yo había estado bailando, había una mancha blanca. Una mancha con forma de círculo irregular, de un metro de ancho, como un dibujo hecho con tiza en el suelo.

—Sal —dije.

—Eso pensé yo. —Leire apagó la pantalla—. Bajé a verlo. No era sal, Néstor. La toqué. Crujía. Y se deshizo en los dedos. Y me dejó los dedos mojados y fríos.

Me miró por encima de las gafas.

—Era escarcha. En junio. En la playa del Postiguet. A veintiocho grados.

*

No sé cuánto rato estuvimos callados. Sebas apagó las guirnaldas de bombillas y la tarima se quedó a oscuras, solo con la luz de la cabina, una bombilla desnuda colgada de un cable. Fuera, en la arena, alguien se reía. Las olas rompían muy flojas, como si les diera pereza.

—¿Por qué te importa? —pregunté al final.

Leire no contestó enseguida. Cogió el bolígrafo de la libreta. Le dio vueltas entre los dedos.

—Porque he estado buscando —dijo—. Desde la primera semana. El número de Portugal que os escribe. Las fotos. Los grupos de kizomba de otros sitios. Llevo dos semanas sin dormir más de cuatro horas. —Pasó la página de la libreta. Había otra lista, más corta, con años y ciudades—. Costa da Caparica, al lado de Lisboa, verano de 2016. Sète, en Francia, verano de 2019. Tarifa, verano de 2022. En los tres sitios, en los grupos de baile de esos veranos, alguien pregunta lo mismo

en algún momento. Que por qué hay gente con chaqueta en la playa. Que si alguien sabe algo de una profesora que da un intensivo de noche. Que se llama el abrazo. *O abraço.*

L'étreinte.

Pasó otra página.

—Y en los tres sitios, a final de agosto, en el periódico local, sale una noticia pequeña. De esas que no lee nadie. —Me enseñó tres capturas en el móvil, una detrás de otra. En portugués. En francés. En español—. Hombre o mujer, edad variable, encontrado muerto en la playa al amanecer. Causa: hipotermia. En agosto.

—Uno por verano.

—Uno por verano. Que yo haya encontrado. —Cerró la libreta—. Y luego ella se va. Y el resto de la gente con chaqueta... no sé. No he encontrado nada más. Si se curan, si no. No lo cuenta nadie.

Se quedó mirándome.

—Por eso me importa, Néstor. Porque estamos a once de julio. Y hay catorce personas

en mi libreta. Y una de ellas no va a ver septiembre.

*

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

Leire se rio. Una risa corta, por la nariz.

—Porque eres el único de los catorce que todavía viene a El Varadero a algo más que a mirar el mar. Porque te he visto mirar a los de la barra con cara de profesor que está pensando cómo explicar una cosa. —Se encogió de hombros—. Y porque eres de ciencias. Y yo de ciencias no tengo ni idea. Yo hice Bellas Artes y luego me puse a poner discos.

—Yo de esto tampoco tengo ni idea.

—Pero sabes medir. —Señaló el bolsillo de mi sudadera, donde se marcaba la forma del termómetro de infrarrojos, que ya llevaba a todas partes—. Algo es algo.

Le tendí la mano. Para darle las gracias. Para cerrar el trato. Por costumbre.

Leire miró mi mano.

No la cogió.

—No es por el frío —dijo, antes de que yo pudiera apartarla—. No toco a nadie. Desde hace mucho. No es por ti.

Bajé la mano. Me la metí en el bolsillo.

—Por eso no bailas.

—Por eso no bailo. —Recogió el portátil, la libreta, los cables. Se colgó la mochila—. Pongo la música para que bailen otros. Así estoy en el baile sin que nadie me toque. Es un buen trato. Lo recomiendo.

Salió de la cabina. Apagó la bombilla. Nos quedamos los dos a oscuras en la tarima vacía.

—El martes vas a ir a la escollera —dijo. No era una pregunta.

No contesté.

—Ya —dijo Leire—. Pues el martes voy yo también.

5

Ramón

Leire llegó a la escollera el martes quince de julio a las doce y media, media hora antes que nadie. Lo sé porque yo llegué a las doce y treinta y cinco y ya estaba allí, sentada en una roca alta, con una sudadera negra con capucha, un termo de café, una linterna frontal apagada en la frente y el móvil en la mano.

—No vengo a bailar —dijo cuando me vio—. Vengo a mirar.

—Yo tampoco vengo a bailar.

Leire me miró. Miró mis bermudas. Mi camiseta de manga corta. Mis pies descalzos, con las sandalias en la mano.

No dijo nada. No hacía falta.

*

Fueron llegando. Ramón, con su camisa abotonada. Cris. Damián. La mujer del chal, que sí se llamaba Puri y que era enfermera de quirófano en el Hospital General. La pareja francesa, Lucas y Amélie, que estaban de vacaciones en un apartamento de Muchavista y habían alargado el alquiler dos veces porque no se podían ir. El chico rubio de la manta, que era danés, que no hablaba español y que no necesitaba hablarlo. Gente nueva que yo no conocía: un camarero de un bar del puerto, dos chicas de Alcoy, un señor con bastón.

Dieciséis personas. Temblando en la arena, a treinta grados, en la noche más húmeda de julio.

A la una en punto empezó la música.

Leire se puso de pie en la roca. La vi encender la cámara del móvil.

—¿La oyes? —le pregunté.

—Oigo el mar —dijo ella—. Y un barco a lo lejos. Y a vosotros respirando.

Dalia estaba en la orilla.

Abrió los brazos.

Me dije que no iba a ponerme a la cola. Me lo dije muy en serio, con las palabras exactas, como me había enseñado el psicólogo: *Néstor, no te vas a poner a la cola.*

Me quedé de pie al lado de la roca de Leire durante tres canciones. Vi a Ramón entrar y salir riéndose. Vi a Cris entrar con los ojos cerrados y salir con los ojos llenos de lágrimas. Vi al señor del bastón dejar el bastón en la arena y entrar caminando derecho, como un chaval, y salir caminando derecho, y luego, cinco minutos después, sentarse en la arena porque no le sostenían las piernas.

A la cuarta canción me di cuenta de que estaba en la cola.

No recordaba haber ido. Estaba allí, detrás de Damián, con los brazos cruzados y las manos en las axilas. Me volví hacia la roca. Leire me estaba mirando. No me hizo ninguna seña. No me llamó. Solo me miró.

Y yo me di la vuelta otra vez, hacia la orilla, y esperé mi turno.

Cuando salí, cuando volví a la roca con la cara ardiendo y las manos calientes por primera vez en una semana, Leire estaba sentada otra vez, con el móvil apagado entre las rodillas.

—¿Qué has visto? —le pregunté. Me reía. No podía dejar de reírme.

—Os he visto a vosotros. —Su voz sonaba muy rara. Muy baja—. Dieciséis personas en fila, en la orilla, a oscuras. Uno por uno os metéis en el agua hasta los tobillos. Ponéis los brazos así. Y bailáis. Con los ojos cerrados. Con la cara apoyada en nada. Cuatro minutos. Luego bajáis los brazos y salís.

—¿Y ella?

—No hay ella, Néstor.

—¿Y la música?

—No hay música.

Encendió la linterna frontal. La apuntó hacia la orilla.

En la arena mojada, donde había estado la fila, donde habíamos esperado, donde había-

mos bailado, había una mancha blanca. No un círculo, como en el vídeo del veinticinco de junio. Una lengua. Larga. De diez metros. Brillando con la luz de la linterna como el azúcar glas en una bandeja.

Mientras la mirábamos, empezó a fundirse. Desde los bordes hacia dentro. Despacio. Haciendo un ruido muy pequeño, como de algo que se rompe dentro de una caja.

Me miré las manos. Ya no estaban calientes.

*

Lo que vino después no me gusta contarlo. Lo cuento porque si no lo cuento no se entiende lo demás.

Fui todos los martes.

El quince, el veintidós, el veintinueve de julio. El cinco de agosto. Leire también. Ella en la roca y yo en la fila. Ella grabando y yo bailando. Ella mirándome y yo sin mirarla, porque me daba vergüenza, la misma vergüenza que da cuando alguien te ve comprar

tabaco después de haberle dicho que lo habías dejado.

El resto de la semana era más difícil.

Pedí las vacaciones antes de tiempo. En el instituto me dieron la baja una semana por *astenia*, que es una palabra que los médicos usan cuando no saben qué ponerte. Mi hija dejó de venir los fines de semana. No me lo dijo así. Me dijo que tenía muchos planes, que se iba a la playa con sus amigas, que se iba a Benidorm, que se iba a Valencia a ver a su abuela. Su madre me llamó una noche.

—Néstor, ¿qué te pasa? La niña dice que le das miedo.

—Tengo frío —le dije.

—¿Frío?

—Frío, Bea. Mucho frío.

Hubo un silencio largo.

—Llámame si necesitas algo —dijo al final—. Lo digo en serio.

No la llamé.

Dormía con tres mantas y una bolsa de agua caliente. Comía poco, porque la comida no me sabía a nada y no me calentaba. Me

pasaba las tardes en la terraza, al sol, con la sudadera y el gorro de lana, y los vecinos de enfrente, que eran unos jubilados de Albacete, me miraban como se mira a un enfermo. Lo único que me calentaba era acordarme, y acordarme cada vez calentaba menos, así que esperaba el martes como se espera el agua en el desierto.

Y cada martes, al salir del agua, el termómetro marcaba menos.

34,4 el quince de julio.

34,2 el veintidós.

34,1 el veintinueve.

33,9 el cinco de agosto.

A partir de treinta y cuatro grados, el cuerpo empieza a hacer cosas raras. Lo sabía porque lo había buscado. Te cuesta pensar. Te equivocas con las palabras. Dejas de tiritar, que parece una buena noticia y es la peor. Yo empezaba a equivocarme con las palabras. Una mañana tardé diez minutos en recordar cómo se llamaba el aparato que tenía en la mano. Era el abrelatas.

Leire me escribía todos los días. Mensajes cortos, sin saludo, sin despedida.

¿Cuánto?

34,0, le contestaba.

¿Has comido?

Sí.

Mentira.

A veces me mandaba cosas que había encontrado. Una foto de un grupo de kizomba de Sète del verano de 2019, con un chico al fondo, en la barra, con una chaqueta de esquí. Un artículo de un periódico de Tarifa sobre *una oleada de casos de hipotermia leve sin explicación* que el ayuntamiento achacaba al levante. Un audio de una mujer portuguesa, que había bailado en Costa da Caparica en 2016, que Leire había localizado en un foro, que hablaba despacio para que la entiéramos y que decía, al final, *eu já não danço. Nunca mais. Não consigo que ninguém me toque.*

Ya no bailo. Nunca más. No consigo que nadie me toque.

Lo escuché cuatro veces. Luego lo borré.

*

El cinco de agosto, después de la clase, Ramón no se levantó de la arena.

Estaba tumbado boca arriba, como siempre, con los brazos en cruz, después de su canción. Pero no se reía. Tenía los ojos abiertos y miraba al cielo, al castillo, a las estrellas que se ven poco en Alicante por la luz de la ciudad.

Me senté a su lado.

—Ramón.

—Néstor. —Tardó en decirlo. Tardó en encontrar la palabra—. Néstor, ¿tú sabes nadar?

—Sí.

—Yo nadaba mucho. De pequeño. En Ta-barca no había otra cosa que hacer. Nadaba de la isla a la Nao, que es un islote que hay al lado, y volvía. —Se le escapó una sonrisa—.

Mi madre me reñía. Decía que un día me iba a quedar allí, en el agua, que la mar se queda con los niños que le gustan.

—Ramón, vamos al coche. Te llevo a casa.

—Ahora no tengo frío —dijo Ramón—.

¿Tú tienes frío?

Le cogí la mano. Estaba como una piedra del fondo.

—Ramón, levántate. Vamos.

—Ella me quiere —dijo, mirando todavía las estrellas—. Mi mujer no me abrazaba así. Me quería mucho, pero no me abrazaba así. Nadie. Nunca.

Leire bajó de la roca. Entre los dos lo levantamos. Pesaba muy poco. Lo llevamos hasta el coche de Leire, un Citroën viejo, blanco, con pegatinas de festivales en la luna de atrás, y lo sentamos detrás con una manta. Leire puso la calefacción a tope. Yo me senté a su lado. Lo llevamos a urgencias del General. Una médica joven le tomó la temperatura, frunció el ceño, le volvió a tomar la temperatura, lo metió en un box con mantas térmicas y suero caliente.

—¿Qué ha pasado? —nos preguntó—. ¿Se ha caído al agua?

—Sí —dijo Leire.

La médica nos miró. Me miró a mí. Miró mi sudadera, mi gorro de lana, mis labios, que yo sabía que estaban morados porque me los había visto en el retrovisor.

—Usted también —dijo—. Siéntese ahí. No se mueva.

Me dio una manta térmica. Me midió.

33,7. Me tuvo dos horas en una silla con suero caliente en el brazo. Leire esperó fuera, en el aparcamiento, dentro del coche, con la calefacción puesta en agosto. Cuando salí, a las seis de la mañana, Ramón estaba dormido y ya tenía treinta y cinco.

—Se va a quedar en observación —dijo la médica—. Hasta mañana por lo menos.

Se quedó hasta el jueves.

El viernes por la mañana le dieron el alta. Yo lo llamé por la tarde. Me dijo que estaba muy bien, que estaba en su casa, que su hija le había llamado desde Bélgica y que había hablado con sus nietos por videollamada.

—El martes no voy —me dijo—. Ya está.
Se acabó. Se lo he prometido a mi hija.
—Muy bien, Ramón.
—¿Y tú?
—Yo tampoco.

*

El martes doce de agosto, a las siete y veinte de la mañana, una mujer que paseaba al perro por el Postiguet encontró a un hombre mayor sentado en la arena, junto a la escollera, con la espalda apoyada en una roca y los pies dentro del agua.

Llevaba una camisa de manga larga abotonada hasta el cuello.

Tenía los brazos en posición de baile. El izquierdo un poco más alto, la mano cerrada sobre el aire. El derecho curvado, rodeando el aire.

Sonreía.

La arena a su alrededor estaba blanca y crujía.

Lo leí en el periódico del jueves, en la edición digital, en la sección de sucesos, en una noticia de seis líneas que no leyó nadie. *Hallan muerto a un vecino de 76 años en la playa del Postiguet. Las primeras investigaciones apuntan a una hipotermia.* Al final ponía que el Ayuntamiento recordaba a los bañistas los riesgos de bañarse de noche.

Esa noche había habido clase. A la una, como siempre.

Y yo había ido. Porque le había mentido a Ramón, como él me había mentido a mí. Y la clase había sido igual que todas, y yo me había puesto a la cola y había bailado y había vuelto a casa con **33,6**, sin saber que a cincuenta metros de la fila, detrás de la primera roca de la escollera, a oscuras, había un hombre sentado con los pies en el agua al que ya no le hacía falta ponerse a la cola. Que no se había puesto. Que había esperado a que nos fuéramos todos para quedarse a solas con ella.

Nadie lo vio. Ni yo. Ni Leire desde su roca.

Leire me llamó a las nueve y media del jueves.

No dijo nada. Solo respiraba.

Yo tampoco dije nada.

Estuvimos así mucho rato, cada uno con el teléfono en la oreja, cada uno en su casa, escuchando la respiración del otro, que era lo único que podíamos tocar.

6

Ella no pregunta

El entierro de Ramón fue el sábado dieciséis en el cementerio de Alicante, a las once de la mañana, con un sol que derretía el asfalto.

Vino su hija desde Bélgica, Mireia, una mujer de cincuenta años con los ojos de su padre, con dos niños rubios que no entendían nada y un marido flamenco muy alto que sostenía un paraguas para darles sombra. Vinieron algunos vecinos de Tabarca, viejos, morenos, con la camisa blanca de los domingos. Vino Chelo, con un abanico negro y las gafas de sol puestas. Vinimos Cris, Damián y yo, con chaqueta, en fila, como en la barra de El Varadero, y la gente nos miraba.

Leire vino de negro y se quedó al fondo, sola, apoyada en un ciprés.

Al terminar, Mireia se acercó a nosotros.
Nos miró la ropa.

—Ustedes bailaban con él —dijo.

—Sí —dije yo.

—Él me hablaba de ustedes. Por teléfono.
Me decía que había empezado a tener frío.
Que había conocido a una mujer que lo abrazaba y que no tenía frío cuando estaba con ella. —Le tembló la barbilla—. Yo pensé que se había echado novia. Me alegré. Le dije *papá, qué bien, ya era hora.*

Nadie le contestó.

—Ustedes también tienen frío —dijo Mireia, y no era una pregunta.

Se dio la vuelta y se fue hacia el coche, con los niños de la mano.

*

Esa tarde, Leire y yo nos sentamos en la terraza de mi casa. Ella en una silla, yo en otra, con la mesa de plástico entre los dos, como una frontera. Yo con la manta. Ella con una cerveza que no se bebía.

Tenía la libreta roja abierta encima de la mesa. Ahora había dieciocho nombres. Uno estaba tachado.

—Vamos a hacerlo como tú —dijo—.

Como en clase. Qué sabemos.

Saqué un bolígrafo. Por costumbre. Lo cogí como se coge la tiza.

—Sabemos que sale en verano. Cerca del mar. En sitios donde se baila kizomba en la playa.

—Sí.

—Sabemos que te elige de noche. Cuando estás solo, o un poco apartado. Que no te llama. Que solo está ahí, con los brazos abiertos.

—Sí.

—Sabemos que el primer abrazo te calienta como nada. Que luego te deja frío. Que cada vez que vuelves te calienta un rato y te deja más frío. —Escribí una flecha hacia abajo en el margen de la libreta—. Como una deuda. Te presta calor y te cobra intereses.

—No —dijo Leire.

La miré.

—No te presta nada, Néstor. —Se inclinó hacia delante—. Piénsalo. Tú me dijiste que sentías el calor *por dentro*. Que no venía de su piel, que su piel estaba fría. Que era como si te encendiera una habitación que tenías cerrada.

—Sí.

—¿Y si esa habitación era tuya? ¿Y si ese calor era tuyo? ¿Y si lo que hace es sacártelo, todo de golpe, y tú lo notas pasar, como notas el agua cuando pasa por una tubería, y crees que te lo está dando ella?

Me quedé mirando la flecha que había dibujado.

Lo pensé como lo hubiera pensado en clase. El calor va siempre de lo caliente a lo frío. Ella estaba fría. Yo estaba caliente. Un abrazo, físicamente, son dos temperaturas poniéndose de acuerdo.

Con ella no nos poníamos de acuerdo. Yo se lo daba todo. Y al pasar, al salir de mí, lo notaba como nunca lo había notado, porque nunca había salido tanto calor de mi cuerpo

a la vez. Y cuando la canción terminaba, me quedaba vacío. Y volvía a llenarme, poco a poco, con lo que podía. Con el sol. Con el café. Con las mantas. Pero nunca hasta arriba. Y el martes siguiente ella volvía a vaciarme.

—Es un sumidero —dije—. Un sumidero de calor.

—¿Eso existe?

—En física sí. Un cuerpo que absorbe calor sin calentarse. El mar, por ejemplo. Le puedes echar todo el calor del verano y sigue a veinticuatro grados.

Leire asintió despacio.

—Pues eso es Dalia. El mar.

*

—Hay otra cosa —dijo Leire.

Había sacado el móvil. Estaba buscando algo en sus notas.

—Le he preguntado a todos. A Cris, a Damián, a Puri, a los franceses, al danés por traductor. Les he preguntado lo mismo que te

preguntaste tú a Ramón el primer día. ¿Te preguntó si querías bailar?

—¿Y?

—Nadie. —Me pasó el móvil. Había una lista de respuestas, copiadas de los mensajes —. *No me preguntó nada. Estaba allí y fui. Me miró y ya está. No hizo falta. Ni se me ocurrió que tuviera que preguntarme.* —Leire recuperó el móvil—. Puri me dijo una cosa que se me ha quedado. Me dijo que fue *como entrar en una casa que tiene la puerta abierta. No llamas. Para qué vas a llamar, si está abierta.*

Me acordé de Cris en la barra de El Varadero. *Como una puerta.*

—Ella no pregunta —dijo Leire—. Y vosotros no contestáis. Entráis.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Leire se levantó. Fue hasta la barandilla de la terraza. Se quedó mirando la calle, los coches aparcados, los jubilados de Albacete regando los geranios en la terraza de enfrente.

—No sé todavía —dijo—. Pero en la kizomba, y en todo, hay dos maneras de que alguien te abrace. Que te lo pidan. O que te lo cojan. —Se volvió—. Y a mí me parece que lo que ella hace no es dar abrazos, Néstor. Es cogerlos.

*

El jueves siguiente fui a El Varadero.

Leire me lo había pedido. *Baila con alguien que no sea ella*, me había escrito. *Con alguien de verdad. A ver qué pasa.*

Llevaba tres meses sin bailar con nadie de verdad. Subí a la tarima con la sudadera y el gorro, y la gente se apartaba un poco al verme pasar, como se aparta la gente en el autobús de un hombre que habla solo.

Chelo estaba en un taburete, abanicándose.

—Chelo —dije—. ¿Bailas conmigo?

Ella me miró con los ojos muy abiertos. Luego dejó el abanico en la barra.

—Claro que sí, cariño.

Leire puso una kizomba lenta. Una de Cabo Verde, de las antiguas. La voz de una mujer que cantaba como si llamara a alguien desde el otro lado de un puerto.

Chelo me abrazó. Se le escapó un ruido pequeño, como el que se hace al meterse en el mar en abril. Pero no se apartó. Apretó los dientes y se quedó, con la mano derecha de mi espalda bajo la suya y la mejilla cerca de la mía, y bailamos. Yo como un armario. Ella como siempre, llevándose sin que yo me diera cuenta de que me llevaba.

No me calentó.

No noté nada. Ni la habitación encendida, ni el calor saliendo, ni nada. Solo noté a Chelo temblando contra mí, aguantando, como se aguanta una ola fría por no dejar solo a alguien en el agua.

Cuando terminó la canción, se separó. Se frotó los brazos. Tenía la piel de gallina.

—Gracias —le dije.

—No me des las gracias, Néstor. —Tenía los ojos húmedos—. Estás muerto de frío, hijo mío. ¿Qué te han hecho?

No supe qué contestar.

Volví a la barra. Me senté al lado de Cris. Desde la cabina, Leire me miraba. Le hice un gesto con la cabeza. *Nada.*

Ella escribió algo en el portátil. Luego cogió el móvil.

Me llegó un mensaje.

Chelo te ha dado un abrazo. Pero no te lo ha dado porque quisiera. Te lo ha dado porque se lo has pedido y le ha dado pena decirte que no.

Y luego, un segundo después:

Eso tampoco vale.

*

Esa noche no pude dormir. A las cuatro de la mañana me levanté, me puse el abrigo de invierno, el de ir a la nieve, y salí a la terraza.

Hacía veintiséis grados. La ciudad estaba en silencio. Muy a lo lejos, en el puerto, se oía el motor de un barco.

Me apunté el termómetro a la frente. **33,4.**

Pensé en Ramón, que había nadado de niño hasta la Nao y había vuelto. Pensé en la frase de su madre. *La mar se queda con los niños que le gustan*. Pensé en él en la arena, con la espalda en la roca, con los brazos en posición de baile, sonriendo, abrazado al aire. A algo que él creía que lo quería. A algo que nunca le había preguntado si podía.

Y pensé, por primera vez, que a lo mejor nadie le había preguntado nunca nada a ella tampoco.

Que a lo mejor Dalia no preguntaba porque nunca le habían preguntado.

Lo apunté en el móvil, en la tabla de las temperaturas, debajo del 33,4. Para no olvidarlo. Porque a esas alturas ya se me olvidaban las cosas.

¿Alguien le ha preguntado alguna vez a ella?

7

Lo que sabe Leire

El sábado veintitrés de agosto, Leire vino a buscarme a casa a las diez de la noche y me dijo que nos íbamos a dar una vuelta en coche.

—¿Adónde?

—A ningún sitio. A dar una vuelta. Con la calefacción puesta. —Se encogió de hombros—. Es lo único que sé hacer por ti.

Subimos por la carretera de la costa, hacia el norte. El Cabo de las Huertas, la playa de San Juan con sus torres de apartamentos iluminadas, el Campello, la Vila Joiosa. Leire conducía despacio, con las dos manos en el volante, con las ventanillas cerradas y la calefacción a veintinueve grados, sudando, sin quejarse. Yo iba en el asiento del copiloto, con el abrigo de la nieve, y por primera vez en se-

manas notaba algo parecido al calor en los pies.

No hablábamos mucho. Ella había puesto música. No kizomba. Algo raro, de guitarras lentas, una mujer que cantaba en euskera.

—¿Qué dice? —le pregunté.

—Habla de una casa con las ventanas abiertas. —Leire bajó un poco el volumen—. De que el viento entra aunque no lo invites. De que no es culpa de la casa.

Pasamos un rato en silencio.

—Leire.

—Qué.

—¿Por qué no tocas a nadie?

Ella no contestó. Puso el intermitente. Salió de la carretera por un camino de tierra que bajaba hacia el mar, entre algarrobos, hasta un sitio donde no había nadie, un descampado encima de un acantilado pequeño, con el mar abajo, negro, y las luces de Benidorm al fondo, como un barco gigante varado en la costa.

Paró el motor. Dejó la calefacción encendida.

*

—Se llamaba Asier —dijo.

Lo dijo mirando por el parabrisas. Al mar. Con las manos todavía en el volante, como si el coche se fuera a mover solo.

—Estuvimos ocho años juntos. En Bilbao. Él era profesor de música en un conservatorio. Yo pintaba y daba clases de dibujo a niños en una academia. Teníamos un piso pequeño en el Casco Viejo, con un balcón donde no cabía ni una silla. —Se le escapó media sonrisa—. Él era muy cariñoso. Eso lo decía todo el mundo. *Qué cariñoso es Asier*. Mi madre, mis amigas, sus amigos. Siempre me estaba abrazando. Por la calle, en las cenas, en el sofá. Me cogía por la espalda mientras fregaba. Me abrazaba al despertarme, al acostarme, al salir de casa, al volver.

Hizo una pausa.

—Me abrazaba cuando yo estaba enfadada, para que se me pasara. Me abrazaba cuando yo quería decirle algo que no le iba a gustar, y entonces ya no se lo decía, porque cómo le vas a decir algo así a alguien que te está abrazando. Me abrazaba cuando yo lloraba, para que dejara de llorar. Me abrazaba cuando yo quería irme de una fiesta y él no, y entonces nos quedábamos. —Se miró las manos en el volante—. Nunca me preguntó si podía. En ocho años. Ni una vez. ¿Para qué? Era mi pareja. Me quería. ¿Quién pregunta eso?

No dije nada.

—Y yo no le dije nunca que no. Porque, ¿cómo le dices que no a un abrazo? Es lo más bonito que hay. Si dices que no a un abrazo eres una fría, una rara, una borde. —Se rio, sin ganas—. Una fría. Qué gracia, ¿no?

—Leire...

—Un día me desperté y me di cuenta de que no sabía cuándo quería que me abrazaran. Que no lo había sabido nunca. Que me

habían abrazado tanto, tantas veces, sin preguntarme, que ya no sabía distinguir un abrazo que yo quería de uno que me estaban cogiendo. Que todos me daban el mismo frío. —Se volvió a mirarme. Por primera vez en toda la conversación—. ¿Me entiendes? No es que él fuera malo. No me pegó nunca. No me gritó nunca. Era cariñoso. Solo que su cariño entraba en mí sin llamar. Como el viento en la canción.

—Te entiendo.

—Me fui a los treinta y seis. Me vine a Alicante porque era lo más lejos de Bilbao que se me ocurrió sin salir de España y porque aquí hace calor. —Sonrió un poco—. Y desde entonces no toco a nadie. No por miedo. Bueno, sí, un poco. Pero sobre todo porque quería volver a saber. Quería esperar hasta que alguien me diera ganas de verdad. Mías. Y entonces saber que eran mías.

—¿Y ha pasado?

Leire no contestó. Volvió a mirar el mar.

—Pongo la música para que bailen otros
—dijo—. Ya te lo dije.

*

Nos quedamos mucho rato en el coche. No sé cuánto. Las luces de Benidorm se fueron apagando poco a poco, como si alguien las fuera desenroscando. El mar sonaba abajo, contra las piedras, despacio. Dentro del coche hacía un calor de horno y Leire tenía la camiseta pegada a la espalda y gotas de sudor en las sienes, en el cuello, en la clavícula, donde la camiseta se le había movido.

Yo tenía frío. Mucho frío. Y la miraba.

No sé cómo explicar esto sin que suene a lo que no es.

La miraba como se mira una hoguera en invierno. No porque quisiera cogerla. Sino porque estaba ahí. Porque estaba viva. Porque le corría sangre caliente por debajo de la piel, y se le notaba en el color de las mejillas, en el brillo del sudor, en el pulso que le latía en el cuello, justo debajo de la oreja, donde

empezaba el pelo corto y gris. Porque respiraba, y cada vez que respiraba el aire del coche olía un poco más a ella. A sal, a algodón, a algo de limón que debía de ser el champú.

Hacía tres meses que no tocaba a nadie de verdad. Ella hacía años.

Estábamos a cuarenta centímetros. Su mano derecha descansaba en la palanca de cambios. La mía, en mi rodilla. Cuarenta centímetros. Lo medí, porque yo mido las cosas. Cuarenta centímetros de aire caliente entre su mano y la mía.

—Néstor —dijo ella.

—Qué.

—Me estás mirando.

—Sí.

—¿Por qué?

Lo pensé. Quería decirle la verdad. Si alguna vez en la vida había que decir la verdad, era en ese coche, con esa calefacción, a esa hora.

—Porque estás caliente —dije—. Y yo tengo mucho frío. Y te miro como un tonto,

como se mira una estufa a través de un cristal. —Tragué saliva—. Y porque me gustas. Desde hace semanas. Desde la cabina. Desde que me dijiste que no tocabas a nadie y no lo dijiste con pena, lo dijiste como quien dice cómo se llama.

Leire no se movió.

La vi tragar saliva. La vi apretar los dedos sobre la palanca de cambios. La vi mirar mi mano en mi rodilla. Cuarenta centímetros.

Y no hice nada.

Eso es lo único de lo que estoy orgulloso de todo ese verano. Que no hice nada. Que no estiré la mano. Que no crucé los cuarenta centímetros. Que me quedé mirándola, tiritando, deseando con todo el cuerpo que me tocara, y no la toqué.

Porque a ella nadie le había preguntado nunca.

Y yo todavía no sabía cómo preguntar.

*

Leire arrancó el coche a las dos de la mañana. Volvimos por la misma carretera, en silencio, con la música vasca muy baja.

En la puerta de mi casa, antes de que yo bajara, dijo:

—El martes es el último.

—¿El último qué?

—El último martes de agosto. En Caparica, en Sète, en Tarifa, la noticia del periódico salía siempre en la última semana de agosto. Y luego ella se iba. —Leire miraba al frente—. Ya se ha llevado a Ramón. No sé si eso le basta o si quiere más. No sé si vuelve el año que viene. No sé si los demás os curáis cuando se va o si os quedáis así para siempre, como la portuguesa del audio.

—Yo tampoco.

—Pues vamos a averiguarlo. —Se volvió a mirarme—. Pero tú no vas a ponerte a la cola, Néstor.

—Leire, no sé si puedo...

—Ya lo sé que no sabes si puedes. Por eso te lo digo. —Tenía los ojos muy brillantes de-

trás de las gafas—. No te vas a poner a la cola. Porque si te pones, yo no voy a poder bajar de la roca a por ti. Y no quiero quedarme ahí arriba mirando cómo te pasa lo de Ramón.

Bajé del coche. Me quedé de pie en la acera, con el abrigo de la nieve, a las dos y media de la mañana de una noche de agosto.

El Citroën blanco tardó mucho en arrancar. Como si dentro alguien estuviera pensando algo.

Luego se fue.

8

¿Puedo?

El domingo veinticuatro de agosto me desperté a las cinco de la tarde y no sabía qué día era.

Lo miré en el móvil. Domingo. Lo leí tres veces. La palabra no quería decir nada. *Domingo*. Como una palabra en otro idioma que alguna vez supe.

Me apunté el termómetro a la frente. tardé en encontrar el botón.

33,0

Había dejado de tiritar.

Lo había leído en algún sitio, semanas antes, cuando todavía leía cosas y las entendía. Que cuando dejas de tiritar no es que estés mejor. Es que el cuerpo ya no tiene fuerzas para intentarlo. Lo había leído y lo había

apuntado y ahora me acordaba de que lo había apuntado, pero no de lo que significaba.

Me encontraba bien. Me encontraba muy tranquilo. Muy lento. Como si alguien hubiera bajado la velocidad del mundo.

*

Lo que pasó después lo sé por los mensajes del móvil, porque no lo recuerdo todo.

A las nueve y doce de la noche le escribí a mi hija: *Te quiero mucho*. Ella me contestó a las nueve y catorce: *Papá??? Estás bien?* Yo no le contesté.

A las once y cuarenta le escribí a Leire: *Me voy a nadar a la Nao*.

Leire me contestó a las once y cuarenta y uno: *Qué?*

A las once y cuarenta y uno: *Néstor qué es la Nao*

A las once y cuarenta y dos: *Néstor dónde estás*

A las once y cuarenta y dos me llamó. Cuatro veces. No lo cogí.

A las once y cuarenta y tres: *Voy al Postiguet. No te muevas. NO TE MUEVAS.*

*

Lo que sí recuerdo es la arena.

Estaba sentado detrás de la primera roca de la escollera. La de Ramón. No sé por qué fui allí. No sé si lo elegí. Tenía los pies dentro del agua. El agua estaba templada, a veinticuatro grados, como siempre en agosto. No la notaba.

No era la noche de la clase. No había fila. No había nadie.

Pero la música sonaba. Muy bajito, desde debajo del mar. La kizomba antigua, la del teclado de iglesia. Solo para mí.

Y ella estaba en la orilla, a diez metros. Con el vestido gris azulado. Con los brazos abiertos.

Mirándome.

Pensé: *voy a entrar*. Lo pensé sin miedo. Con alivio. Con la misma tranquilidad con la que piensas, en una noche de invierno, *me*

voy a meter en la cama. Ya no tenía que luchar contra nada. Ya no tenía que decirme *no te pongas a la cola.* Solo tenía que levantarme y andar diez metros por la orilla y entrar en el único sitio caliente del mundo y quedarme allí.

Me apoyé en la roca para levantarme.

No me sostenían las piernas.

Lo intenté otra vez. Me caí de lado en la arena mojada. Me quedé así, con la mejilla en la arena, mirándola de lado, a ella, que seguía con los brazos abiertos, que no venía a por mí, que nunca venía a por nadie, que esperaba.

Como una puerta, pensé.

Y luego no pensé nada más.

*

Lo siguiente que recuerdo es el olor a limón.

Estaba en un sitio pequeño y oscuro y muy caliente. Había un ruido constante, como de un ventilador. Había una luz naranja muy pequeña delante de mí. Tardé en en-

tender que era el salpicadero de un coche. Que el ruido era la calefacción. Que estaba en el asiento de atrás del Citroën blanco, tumbado de lado, con dos mantas por encima, con la cabeza apoyada en algo blando.

Las piernas de Leire.

Me había metido en el coche ella sola. No sé cómo. Peso ochenta kilos. Más tarde me enseñó los moratones que se hizo en las espillitas contra las rocas y en los antebrazos al arrastrarme por la arena hasta el paseo, y un rasguño largo en la mano que no supo decirme con qué se lo había hecho.

Estaba sentada en el asiento de atrás, con mi cabeza en su regazo, sin tocarme. Lo noté. Con las manos levantadas, en el aire, a unos centímetros de mi pelo, de mi cara, temblando. Como quien tiene las manos encima de un fuego y no se atreve a acercarlas más.

—Néstor —dijo—. Néstor. Néstor.

Quise contestar. Me salió un ruido.

—Tienes treinta y dos con ocho. —Tenía el termómetro en una mano. Se lo había sacado

del bolsillo de la sudadera—. He llamado al 112. Dicen que vienen. Dicen que tardan veinte minutos. Dicen que no te dé friegas, que no te mueva mucho, que te tape. Ya te he tapado. Ya te he tapado con todo lo que tengo.

Lloraba. Le caían las lágrimas en mi cara. Calientes. Era lo único caliente que yo notaba.

—Néstor, no sé qué hacer.

Yo sí sabía.

No sé cómo lo sabía. A lo mejor por lo de Chelo. A lo mejor por lo del coche, la noche anterior, los cuarenta centímetros. A lo mejor por la frase que había apuntado en el móvil a las cuatro de la mañana, debajo del 33,4, y que ya no recordaba haber escrito.

No podía decirlo. Así que la miré.

Y Leire lo entendió.

Tardó mucho. Las manos le temblaban en el aire, encima de mí. La vi tragar saliva. La vi cerrar los ojos un segundo, como quien se tira al agua desde muy alto.

Los abrió.

—Néstor —dijo, muy despacio, para que yo lo entendiera—. ¿Puedo abrazarte?

*

Nadie me lo había preguntado nunca.

Lo pensé allí, en ese coche, con la cabeza en sus piernas. Cuarenta y cuatro años, y nadie me lo había preguntado nunca. Ni mi madre, ni Bea, ni mi hija, ni Chelo, ni ninguna de las mujeres con las que había bailado en dos años de sociales. Nos abrazábamos, sin más. Como se respira. Y estaba bien. Casi siempre estaba bien.

Pero nadie me lo había preguntado.

Y la pregunta, sola, sin el abrazo todavía, hizo algo. No sé explicarlo como físico. Como físico, una pregunta no tiene temperatura. Pero la pregunta me encontró en algún sitio muy lejos, muy al fondo, donde yo ya me había ido, y me dio la vuelta y me hizo mirar hacia ella. Me hizo tener que contestar. Me hizo tener que querer algo.

Y lo quería.

—Sí —dije. Me salió muy flojo, muy roto.
Pero me salió—. Sí.

Leire bajó las manos.

*

Me abrazó despacio. Muy despacio. Primero una mano en mi pelo. Luego la otra en mi espalda, por debajo de las mantas. Luego se inclinó sobre mí, encima de mí, y me rodeó con los dos brazos, torpe, como abraza alguien que no ha abrazado en años y no se acuerda de dónde se ponen los brazos.

Y no se encendió ninguna habitación.

No hubo ninguna luz enorme, ningún calor de golpe, ningún mareo, ninguna canción desde el fondo del mar.

Hubo una mujer de cuarenta y tantos años temblando de frío contra mí, porque yo estaba a treinta y dos grados y ella a treinta y seis y medio y el calor va siempre de lo caliente a lo frío, siempre, sin excepciones. Lo noté pasar de ella a mí. Muy despacio. Poco a poco. Por la mejilla, por el pecho, por las ma-

nos. Lo noté pasar y noté que a ella le costaba, que se le ponía la piel de gallina, que le castañeteaban un poco los dientes. Y no se apartó.

Y lo que pasaba de ella a mí se quedaba en mí.

Eso era lo distinto. Se quedaba. No se iba a ningún sitio. No había ningún sumidero, ningún mar debajo. Solo dos temperaturas poniéndose de acuerdo. Ella bajando un poco. Yo subiendo un poco. Encontrándonos, despacio, en algún punto en medio.

Eso es un abrazo. Lo había pensado yo, en la orilla, la noche de la Cremà, y lo había olvidado.

Empecé a tiritar.

Leire se asustó.

—No —le dije. Con la boca contra su cuello. Ya me salían mejor las palabras—. Es bueno. Es bueno. El cuerpo lo vuelve a intentar.

Me apretó más fuerte.

*

La ambulancia tardó veintiséis minutos. Cuando llegó, yo tenía treinta y tres con nueve y tiritaba como un perro mojado y Leire tenía los labios morados y no me había soltado.

Los técnicos nos miraron. Uno de ellos, un chico joven con un tatuaje de un ancla en la muñeca, se rascó la cabeza.

—Joder —dijo—. Pues lo has hecho mejor que nosotros.

Me llevaron al General. Me tuvieron hasta las seis de la mañana con mantas térmicas y suero caliente, en el mismo box donde habían tenido a Ramón tres semanas antes. Leire esperó fuera, esta vez no en el coche. En la sala de espera, en una silla de plástico, con el termo de café.

A las seis y cuarto me dejaron salir. Tenía treinta y cinco con dos. Era la temperatura más alta que había tenido desde la noche de la Cremà.

Leire se levantó cuando me vio. Se quedó de pie, a un metro. Sin acercarse.

Yo me acerqué. Me paré a cuarenta centímetros. Lo medí.

—Leire —dije—. ¿Puedo besarte?

Ella me miró mucho rato. Se quitó las gafas. Se las guardó en el bolsillo de la sudadera.

—Sí —dijo—. Esta vez sí.

Y luego, con la frente apoyada en la mía, con la voz muy baja, con los dedos agarrados a mi abrigo de la nieve en la sala de espera de urgencias del Hospital General de Alicante a las seis y cuarto de la mañana:

—Es mío, Néstor. Este lo quiero yo.

*

En el coche, de vuelta, con el sol saliendo por detrás de Santa Pola y la calefacción apagada por primera vez, Leire dijo:

—Esta noche, a la una, ya es martes.

—Ya lo sé.

—La última clase.

—Ya lo sé.

—Hay dieciséis personas más con frío.
Diecisiete, contando a una chica de Torrevieja que apunté el jueves.

—Ya lo sé, Leire.

Se quedó callada un rato. Luego me miró, con el sol de cara, con las gafas puestas otra vez.

—¿Y ella? —preguntó.

Pensé en la frase del móvil.

¿Alguien le ha preguntado alguna vez a ella?

—Ella también —dije.

9

La última clase

Llegamos a la esollera a las doce menos cuarto, con el maletero del Citroën lleno.

Seis mantas. Tres termos de caldo caliente que había hecho mi vecina de enfrente, la jubilada de Albacete, cuando le pedí si me dejaba una olla grande y me preguntó para qué y yo le dije la verdad, más o menos, y ella me miró y dijo *pues un caldo, hijo, que es lo que se le da a la gente con frío*, y se puso a pelar zanahorias sin hacer más preguntas. Una nevera portátil llena de bolsas de agua caliente en vez de hielo. Una linterna grande. El termómetro.

Y Chelo.

Chelo vino porque la llamé esa tarde y se lo conté. Todo. Desde la Cremà hasta el coche

de Leire. Tardé cuarenta minutos. Ella no me interrumpió ni una vez. Al final dijo:

—¿Y qué necesitas?

—Gente que sepa abrazar.

—Cariño. —Se le oyó sonreír al otro lado —. Llevo cuarenta años en las pistas de baile de esta provincia. Sé abrazar a un señor de Novelda que pesa ciento veinte kilos y a un chaval de Erasmus que no se ha duchado. ¿A qué hora?

*

Fueron llegando a las doce y media. Como cada martes. Cris con la chaqueta vaquera. Damián con el forro polar. Puri con el chal. Lucas y Amélie, cogidos de la mano, temblando a la vez. El danés, que se llamaba Mikkel. Las chicas de Alcoy. El camarero del puerto. El señor del bastón. La chica de Torrevieja, que tenía diecinueve años y llevaba un plumífero rosa y no paraba de mirar el móvil.

Diecisiete personas.

Se sentaron en la arena, en las rocas, separados unos de otros. Sin hablar. Mirando la orilla.

Leire se quedó a mi lado. No subió a la roca.

—¿Seguro? —me dijo.

—No.

—Vale. —Asintió—. Yo tampoco.

*

Empecé por Cris.

Me senté a su lado en la arena. Ella me miró. Me miró la cara. Yo había dejado la sudadera en el coche. Llevaba una camiseta de manga corta, de color azul, la primera camiseta de manga corta en dos meses, y aunque tenía frío, mucho frío todavía, treinta y cinco con uno, ya no temblaba.

—Néstor —dijo ella—. ¿Qué te ha pasado?

—Te lo cuento luego. —Me temblaba la voz. Más que las manos—. Cris, antes de que empiece la música. Te quiero preguntar una

cosa. Y me puedes decir que no. De verdad.
Me puedes decir que no y no pasa nada.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Puedo abrazarte?

Cris se quedó muy quieta.

No esperaba que pasara nada. Eso es lo que pienso ahora. Que Cris me miró como se mira a un loco, y que durante un segundo le vi en la cara que iba a decir que no, que le daba vergüenza, que qué hacía un profesor de cuarenta y cuatro años preguntándole eso en una playa a la una de la mañana.

Pero luego le vi otra cosa. Le vi algo que se movía muy al fondo, detrás de los ojos. Algo que se daba la vuelta.

—Nadie me ha preguntado eso en la vida
—dijo.

—Ya lo sé.

—Ni mi madre. Ni mi novio de la carrera.

—Ya lo sé, Cris.

Ella se quedó pensándolo. De verdad. No me contestó por educación. Se tomó su tiem-

po. Miró la orilla vacía todavía. Me miró a mí. Se miró las manos.

—Sí —dijo—. Sí que quiero.

La abracé.

Fue torpe. Fue frío al principio, para los dos. Ella estaba a treinta y cuatro y algo y yo a treinta y cinco, y el calor que pasaba entre los dos era muy poco. Pero pasaba. Y se quedaba. Lo noté quedarse en ella. Lo noté en su espalda, que se aflojó. En sus manos, que se agarraron a mi camiseta. En su respiración.

Se echó a llorar. Como lloré yo la noche de la Cremà. Como lloras cuando alguien te abraza en un entierro.

Pero esta vez no se iba a quedar más fría después.

*

Leire fue a por Puri. Chelo fue a por el señor del bastón, que se llamaba Vicente y que, cuando Chelo le preguntó, se echó a reír y dijo *señora, a mi edad, usted pregunte lo que*

quiera, y luego se quedó callado, muy serio, y dijo sí. Sí, por favor.

Lucas y Amélie no necesitaron a nadie. Les expliqué lo que pasaba, como pude, en mi francés de instituto. Se miraron. Lucas le dijo algo a Amélie, muy bajito, al oído. Ella asintió. Y se abrazaron, en la arena, como si fuera la primera vez, aunque llevaban diez años juntos.

Damián no quería.

—No —dijo cuando se lo pregunté—. No, gracias.

—Vale —le dije. Y me aparté. Porque era verdad. Podía decir que no.

Se quedó mirándome con los ojos muy abiertos, como si no se creyera que me hubiera apartado. Luego sacó el móvil. Llamó a alguien. Habló muy bajito, de espaldas, cinco minutos.

A la una menos cinco llegó una mujer corriendo por la arena, en chanclas, con el pelo recogido de cualquier manera, con un pijama

de verano debajo de una rebeca. Se paró delante de Damián. Jadeaba.

Damián le dijo algo.

Ella le contestó algo.

Y luego, muy despacio, mirándolo a los ojos, le preguntó. No la oí. No hizo falta. Vi a Damián asentir. Vi a Damián romperse. Vi a su mujer abrazarlo de pie, en la arena, con la cara contra su forro polar azul marino de la empresa de reformas, temblando de frío ella también, sin soltarlo.

Leire me cogió la mano.

No me lo preguntó. Me miró primero. Yo la miré a ella. Y le apreté la mano, para decirle que sí.

*

A la una en punto empezó la música.

La oímos todos. Hasta Leire. Lo noté porque me apretó la mano más fuerte.

Venía del mar, como siempre. La kizomba antigua, el teclado de iglesia, la voz de hombre cantando en portugués. Pero sonaba dis-

tinta. Sonaba más lejos. Como si la radio del fondo del mar se estuviera quedando sin pilas.

Y ella estaba en la orilla.

Con el vestido gris azulado. Descalza. Con el pelo suelto y los pies en el agua.

Con los brazos abiertos.

Nadie se levantó.

Diecisiete personas en la arena, y nadie se levantó. Algunos la miraban. Cris la miraba, todavía abrazada a mí, con la cara mojada.

Puri la miraba desde los brazos de Leire, que la había soltado para cogerme la mano y luego había vuelto a pasarle un brazo por los hombros. Mikkel, el danés, la miraba con la boca abierta. Pero no se levantaban. Se quedaban donde estaban. Con quien estaban.

Una canción entera. Ella con los brazos abiertos, inmóvil, en la orilla. Esperando.

Nadie entró.

La segunda canción.

Y empezó el frío.

*

No era nuestro frío. Era otro. Venía de ella. De la orilla. Lo vi antes de sentirlo. La arena mojada a sus pies se volvió blanca. Luego la arena seca de alrededor. La escarcha avanzaba hacia nosotros desde el agua, en línea recta, crujiendo, como avanza una mancha de tinta sobre un papel. Llegó a los pies de Puri. A las manos de Cris, que estaban apoyadas en la arena. Al bastón de Vicente, que estaba tirado en el suelo y se cubrió de blanco como un árbol en una postal de Navidad.

Hacía veintiocho grados en el paseo. Lo marcaba el termómetro de la farmacia de la avenida, que se veía desde la playa, en verde. Veintiocho grados.

En la arena, se nos empezó a ver el aliento.

—Néstor —dijo Leire.

La chica de Torrevieja se levantó. La de diecinueve años, la del plumífero rosa. Se levantó con los ojos fijos en la orilla y dio un paso. Chelo la cogió del brazo. La chica se soltó. Dio otro paso.

—Para —le dije.

No paró.

—No te ha preguntado —le dije, más alto—. ¿Te has dado cuenta? No te ha preguntado nunca. Ni a ti ni a nadie.

La chica se detuvo. Se volvió hacia mí. Tenía los labios morados.

—Y ella tampoco sabe lo que es —dije, más bajo—. Que se lo pregunten.

*

Me levanté.

Leire no me soltó la mano.

—No —dijo.

—No voy a entrar.

—Néstor.

—Leire. —La miré—. No voy a entrar. Te lo prometo. No voy a entrar sin llamar.

Me miró mucho rato, con la escarcha subiéndole por las zapatillas. Luego me soltó la mano. Muy despacio. Primero los dedos. Como se saca la mano de un cajón sin hacer ruido.

Caminé hacia la orilla.

La escarcha crujía debajo de mis pies. Con cada paso hacía más frío. El aire se espesaba, como si caminara dentro de una nevera abierta. La música sonaba cada vez más fuerte, cada vez más cerca, cada vez más dentro de mi pecho, y la habitación cerrada empezó a llamarme, a pedirme, a decirme *entra, entra, aquí no vas a tener frío nunca más*.

Me paré a un metro de ella.

Un metro. No cuarenta centímetros. Un metro. Lo medí.

Dalia me miró con sus ojos grises, que no tenían nada.

Tenía los brazos abiertos. Como una puerta. Esperándome.

No entré.

—Dalia —dije. Me castañeteaban los dientes—. ¿Puedo abrazarte?

*

No sé cuánto tiempo pasó.

La música se paró.

No se acabó la canción. Se paró. En medio de una frase. Como cuando alguien levanta la aguja de un disco.

Y en el silencio, por primera vez, la oí respirar.

Dalia me miraba. Y sus ojos ya no eran del color del mar de noche. Tenían algo. No sé qué era. Algo que se movía muy al fondo, detrás. Algo que se daba la vuelta. Como lo que le había visto a Cris una hora antes.

Abrió la boca. La cerró.

Pensé que nadie le había preguntado nunca. Ni en Caparica, ni en Sète, ni en Tarifa, ni en Luanda en los años ochenta, si era de allí, si alguna vez había sido de algún sitio. Que a lo mejor la habían abrazado tanto, tantas veces, tanta gente sin llamar, que se había convertido en eso. En una puerta abierta. En un sitio donde se entra.

Y que a lo mejor nunca había podido decir que sí, porque nunca había podido decir que no.

Bajó la vista. Se miró los brazos. Los tenía abiertos todavía, en la posición exacta del abrazo de kizomba, el izquierdo un poco más alto, el derecho curvado. Se los miró como si no fueran suyos. Como si se los acabaran de dar.

Me miró otra vez.

—No —dijo.

Tenía una voz muy baja. Ronca. Como la de alguien que no la ha usado en mucho tiempo.

Y luego, muy despacio, bajó los brazos.

*

Fue lo único que dijo.

Se quedó un momento así, de pie, con los brazos a los lados del cuerpo, con las manos abiertas. Se las miró. Cerró una. Luego la otra. Como quien prueba algo nuevo.

Luego se dio la vuelta.

Y caminó hacia el mar.

No por la orilla, como la noche de la Cre-mà, hacia la oscuridad de la escollera. Hacia

dentro. Hacia el fondo. El agua le llegó a las rodillas, a la cintura, al pecho, a los hombros, y ella no se volvió ni una vez, y el vestido gris azulado se fue volviendo del color del agua hasta que ya no se distinguía uno del otro.

Y luego no estaba.

*

La escarcha se fundió en un minuto.

Empezó por el borde del agua, donde había estado ella, y fue retrocediendo hacia la arena seca, hacia nosotros, haciendo ese ruido pequeño de cosa que se rompe dentro de una caja. Se fundió debajo de mis pies. Debajo de las manos de Cris. Alrededor del bastón de Vicente, que quedó brillando, mojado, como recién sacado del mar.

En el paseo, el termómetro de la farmacia seguía marcando veintiocho grados.

Me di la vuelta.

Diecisiete personas me miraban desde la arena, abrazadas de dos en dos, de tres en tres. Chelo con la chica de Torrevieja, que llo-

raba a gritos, como una niña pequeña. Damián con su mujer. Lucas con Amélie. Las dos chicas de Alcoy, una con la otra. Mikkel con el camarero del puerto, que no se conocían de nada y que se habían abrazado porque sí, porque se lo habían preguntado, porque se habían dicho que sí.

Y Leire, de pie, sola, en medio de la arena mojada.

Con los brazos a los lados del cuerpo. Con las manos abiertas.

Caminé hacia ella.

Me paré a cuarenta centímetros.

—¿Puedo? —le dije.

Leire se rio. Se rio con toda la cara, con los ojos llenos de lágrimas detrás de las gafas, con el pelo gris y azul mojado de sudor y de escarcha fundida, a la una y veinte de la mañana del último martes de agosto, en la playa del Postiguet, debajo del castillo.

—Néstor —dijo—. Pregúntamelo siempre.

Y abrió los brazos.

Y yo, esta vez, llamé antes de entrar.

10

Treinta y seis con seis

El jueves once de septiembre fue el último social de la temporada en El Varadero.

Sebas lo anunció en el grupo de WhatsApp con un audio de tres minutos, emocionado, como cada año, diciendo que éramos su familia, que el chiringuito sin nosotros no era nada, que el año que viene iba a cambiar los altavoces por unos todavía mejores. Chelo le contestó con un emoji de unos ojos en blanco. Cuarenta personas le contestaron con corazones.

Llegué a las once.

Llevaba una camisa de manga corta, de lino, blanca, que me había regalado mi hija por mi cumpleaños dos años antes y que no me había puesto nunca porque me parecía

de hombre que se cree interesante. Ella me la había sacado del armario esa tarde.

—Ponte esta —me dijo.

—Me parece de hombre que se cree interesante.

—Papá. —Me miró con su cara de diecisiete años, la cara de corregirme la ortografía —. Eres un hombre interesante. Ponte la camisa.

Había vuelto a venir los fines de semana. El primero, el sábado treinta de agosto, se quedó en la puerta con la mochila, mirándome, sin entrar. Yo me quedé en el pasillo. No me acerqué.

—¿Puedo darte un abrazo? —le pregunté.

Ella se quedó muy sorprendida. Luego se puso roja. Luego dijo *papá, qué raro eres*, y luego dejó la mochila en el suelo y dijo *vale* y me abrazó ella a mí, muy fuerte, durante mucho rato, y no se apartó, y no dijo nada del frío.

Porque no había frío.

*

Me apunté el termómetro a la frente esa mañana, como todas las mañanas desde el veinticinco de junio. Ya no lo necesitaba. Lo hacía por costumbre. Porque soy de ciencias y las cosas que se miden dejan de dar miedo.

36,6 °C

Lo apunté en la tabla del móvil, debajo de todos los demás. Debajo del 33,0 y del 32,8 y del 35,2 de la sala de espera del General. Debajo de la frase que había escrito a las cuatro de la mañana y que ya no se me había vuelto a olvidar.

Treinta y seis con seis.

Lo de todo el mundo.

*

Los demás también se fueron calentando. No de golpe. Poco a poco. Como se calienta una casa en la que se ha encendido la calefacción después de un invierno entero cerrada.

Cris me mandó un audio a principios de septiembre, riéndose, diciendo que había ido a la playa en bikini y se había quemado los

hombros y que nunca en la vida se había alegrado tanto de quemarse. Damián volvió a dormir en su cama. Puri volvió al quirófano. Lucas y Amélie se fueron por fin a Lyon, con tres semanas de retraso y una multa de la empresa de alquiler de coches, y nos mandaron una foto desde el aeropuerto, abrazados, con el pulgar levantado. Mikkel se quedó. Dice que ha encontrado trabajo en un hotel de la playa de San Juan y que se va a apuntar a clases de español y de kizomba, por este orden.

Vicente, el señor del bastón, se ha apuntado a clases de bachata con Chelo. Dice que la bachata es más alegre. Chelo dice que Vicente baila como un armario y abraza como una estufa.

A la portuguesa del audio le escribió Leire. Le contó lo que había pasado. Tardó una semana en contestar. Contestó con una sola línea.

Vou tentar perguntar.

Voy a intentar preguntar.

De Ramón me acuerdo todos los días.

Le escribí a Mireia, a Bélgica. Le conté la verdad. Me pareció que se la debía. Pensé que no me iba a contestar, o que me iba a contestar que estaba loco.

Me contestó a los diez días. Un correo largo. Me contaba cosas de su padre que yo no sabía. Que en Tabarca le llamaban *el Delfi*, el delfín, porque nadaba de la isla a la Nao y volvía antes de que su madre se diera cuenta. Que nunca había sido un hombre de abrazos, que su madre se quejaba de eso, que él decía que en su familia los hombres no se abrazaban, que se daban la mano. Que en el funeral de su mujer, cuatro años antes, no había llorado, y que ella, Mireia, había querido abrazarlo y no se había atrevido.

Ojalá se lo hubiera preguntado, escribía al final. Ojalá le hubiera preguntado a mi padre si podía darle un abrazo. A lo mejor me habría dicho que no. Pero habría sido suyo.

A las tres menos cuarto, cuando Sebas ya había encendido la luz blanca de la barra para avisar de que quedaba poco, Leire puso la última canción.

Era la de la noche del coche. La de la mujer que cantaba en euskera sobre una casa con las ventanas abiertas. No era kizomba. No se podía bailar kizomba con ella. En la tarima, la gente se miró, extrañada.

Leire se quitó los cascos.

Los dejó encima de la mesa de mezclas. Salió de la cabina de madera. Bajó el escalón. Cruzó la tarima entre la gente, que se iba apartando a su paso, porque en dos años, en tres, en los que fuera, nadie la había visto nunca fuera de la cabina en mitad de una canción.

Se paró delante de mí.

A cuarenta centímetros.

Yo ya sabía lo que tenía que hacer. Lo habíamos hecho muchas veces ya, desde la noche de la escollera. En su casa, en la mía, en

el Citroën, en la cocina, en la puerta del instituto el primer día de clase, delante de mis alumnos, que silbaron. Lo hacíamos siempre. Siempre. Aunque ya supiéramos la respuesta. Porque no es lo mismo saber la respuesta que oírla.

—Leire —le dije—. ¿Puedo abrazarte?

Ella sonrió.

—Sí —dijo—. ¿Y tú? ¿Puedo yo?

—Sí.

Y bailamos. Ella por primera vez en años. Yo como un armario. Mal, torpes, pisándonos, en una canción que no era de bailar, delante de cuarenta personas que nos miraban en silencio y de Chelo, que se había puesto las gafas de sol a las tres de la mañana para que no se le viera llorar.

Leire olía a limón. Tenía la mejilla apoyada en mi sien. Respiraba despacio. Notaba su aliento.

Y el calor iba y venía entre los dos. De ella a mí, de mí a ella. Sin excepciones. Poniéndose de acuerdo.

Esa noche, en su casa, en la cama, con la ventana abierta y la brisa entrando desde el mar, Leire se despertó a las cinco y cogió el móvil de la mesilla.

La oí respirar distinto. Me di la vuelta.

—¿Qué pasa?

No me contestó. Me pasó el móvil.

Era un vídeo. Lo había colgado alguien en un grupo de kizomba de Essaouira, en Marruecos, esa misma noche. El texto estaba en francés. Decía algo así como *¿alguien sabe quién es?*

Estaba grabado de noche, desde lejos, desde un paseo. Se veía una playa grande, vacía, con la luz de una luna casi llena sobre el agua. Y en la orilla, de pie, con los pies dentro del mar, una mujer con un vestido largo de un color que no se podía distinguir.

Tenía los brazos a los lados del cuerpo.
Bajados.

Un chico joven se acercaba a ella por la orilla, despacio. Se paraba a un metro. Decía algo. No se oía qué.

Ella lo miraba mucho rato.

Luego negaba con la cabeza. Una vez. Despacio.

Y el chico asentía, y se daba la vuelta, y volvía hacia el paseo, caminando por la arena seca, con las manos en los bolsillos. Y ella se quedaba allí, sola, mirando el mar, con las manos abiertas.

El vídeo se acababa ahí.

Leire y yo nos quedamos mirando la pantalla, a oscuras, en la cama, con la brisa entrando por la ventana.

—Ha dicho que no —dijo Leire.

—Ha dicho que no.

—¿Eso es bueno?

Lo pensé. Pensé en sus ojos grises la noche de la escollera, en lo que se movía al fondo. En la voz ronca de quien no la ha usado en mucho tiempo. En las manos que se miraba como si se las acabaran de dar.

—Es suyo —dije.

Leire dejó el móvil en la mesilla. Se dio la vuelta. Me miró, muy cerca, sin gafas, con los ojos todavía medio dormidos.

No me preguntó nada.

No hizo falta. Me lo había preguntado ya mil veces y yo le había dicho que sí mil veces, y esa noche, a las cinco de la mañana, con la ventana abierta, ella abrió los brazos y se quedó así, esperando, a cuarenta centímetros.

Y yo, antes de entrar, llamé.

—¿Puedo?

—Siempre, Néstor.

Hacía calor. Por fin. Hacía calor.

FIN

Sobre el autor

Juan Antonio Sánchez Herrera, Juanito Magnético para la gente del baile, escribe sobre lo que pasa entre dos personas cuando la música empieza: las miradas, los abrazos, los miedos y las cosas que no nos atrevemos a decir. Ha escrito novela romántica, terror, autoficción y libros prácticos, casi todos con la bachata y la kizomba de fondo.

Si esta historia te ha dejado frío, o calor, o las dos cosas, en su web tienes el resto de sus libros y puedes escribirle.

universojuanito.com · Instagram **@juanitomagnetico**

Otros libros del autor

Novela romántica: *Cuatro minutos contigo* ·
La coreografía que no ensayamos · *Ella solo*

venía a bailar · ¿Se habrá dado cuenta de que me gusta? · Entre la pinza y el alma · trilogía Jaque al corazón

Terror: *El cuarto tiempo · La Umbría · La Corte del Silencio*

Autoficción y humor: *Cómo vender un libro sin que nadie se entere de que lo estás vendiendo*

No ficción: *El arte de no derramar el fuego · Donde empieza la intimidad · Volver a ella*

Una noche de verano.
Un abrazo inolvidable.
Y un frío que nunca se va.

Néstor es profesor de Física y Química, divorciado, padre de una hija adolescente y un apasionado de la kizomba. La noche de la Cremà de Alicante, después de bailar con varias desconocidas, conoce a una mujer misteriosa en la orilla del mar.

Su abrazo es el más cálido que ha sentido jamás. Pero cuando termina la canción, empieza a tener frío.

Lo que parecía una noche más de baile y verano se convertirá en una historia inquietante, donde el deseo, el misterio y los límites del consentimiento se mezclan con leyendas, secretos y una presencia que quizá nunca debió cruzarse en su camino.

Un relato de terror y kizomba
sobre los abrazos que nunca deberíamos
aceptar sin preguntar.